

Diócesis de Barbastro-Monzón

«Dios creó al hombre para la vida»

(Sab 2, 23)

Vivir es decir «sí» a la llamada de Dios

«Que se cumpla en mí tu palabra»

(Lc 1, 38)

3

Tercera Semana de Cuaresma

Comenzamos orando

Con el siguiente desabogo, un creyente expresaba lo que en esta semana queremos contemplar: que siempre es Dios el primero en salir al encuentro. ¿No lo hemos experimentado nosotros también?

Yo iba hacia Ti,
cuando te vi venir hacia mí.
Yo quería correr hacia Ti,
cuando vi que corrías hacia mí.
Yo deseaba esperarte,
aunque sabía que Tú ya me esperabas.
Yo deseaba buscarte,
cuando vi que Tú venías a mi encuentro.
Pensé: «Por fin te he encontrado»,
pero fui yo quien me sentí encontrado por Ti.
Quería decirte: «Te amo»,
pero fui yo quien te oí decir: «Te quiero».
Quería elegirte,
pero tú ya me habías elegido.
Quería escribirte,
cuando me llegó tu carta.
Quería vivir en Ti,
pero descubrí que vivías en mí.
Quería pedirte perdón,
pero sabía que Tú ya me habías perdonado.
Quería ofrecerte a Ti
y Tú fuiste un regalo para mí.
Deseaba ofrecerte mi amistad
y recibí la tuya.

Yo quería decir: ¡Padre!,
cuando oí que decías: ¡Hijo mío!
Quería contarte mi vida interior,
pero tú me diste a conocer las profundidades de tu ser.
Deseaba invitarte a entrar en mi interior,
cuando recibí la invitación a entrar en el tuyo.
Deseaba alegrarme de haber vuelto a Ti,
cuando te vi alegre por mi retorno.
Señor, ¿seré yo alguna vez el primero?

Las frases de la oración precedente expresan con sencillez y belleza la experiencia de muchos creyentes y tal vez también la nuestra: Dios siempre se nos adelanta y nos llama por nuestro propio nombre antes de que nosotros hayamos decidido invocarle; antes de que le ofrezcamos nuestra vida, Él nos ha llamado para que tengamos vida; antes de que queramos ser amigos suyos, Él ya nos ha dicho: «Vosotros sois mis amigos...» (Jn 15, 14).

Todo lo contrario de lo que tantas veces ocurre entre nosotros. Muchas veces el ser humano no pasa de ser un número de carné de identidad en el listado de la Seguridad Social o de la oficina de Hacienda, un nombre y dirección en el censo, una unidad en las estadísticas; en el mejor de los casos, el usuario de unos servicios públicos, que es atendido con cortesía obligada por evitarse conflictos; y en el peor, una cifra grabada en el uniforme del condenado al campo de concentración.

Pero Dios conoce mi nombre y lo dice con amor: Juan, Ana, María, Ramón, Charo, Clemente... ¡tú eres mi hijo!, ¡tú eres mi hija! Y es que la vida humana, vista desde la fe es una vocación.

«Yo estaré contigo»

La Biblia narra el relato de vocaciones singulares: la de Abraham, la de Moisés, la de Samuel, la de Isaías..., y podría hacerse una lista muy larga de creyentes que escucharon la llamada de Dios y la secundaron. Ser llamado por Dios para una tarea que compromete la vida entera es una gracia y una responsabilidad; también una carga que a veces se hace pesada; pero siempre una misión que da sentido a la vida.

La narración que Jeremías hace de su propia vocación nos descubre algunas cosas. Él es consciente de la llamada de Dios: «Entonces me fue dirigida la llamada de Yahvéh en estos términos: Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí». Ahora es cuando aparecen sus vacilaciones, tan parecidas a las nuestras: «¡Ah, Señor Yahvéh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho». Pero Dios echa por tierra su timidez y sus miedos: «No digas: “Soy un muchacho”, pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte» (Jr 1, 4-8). El Señor acaba de llamar a un hombre más bien tímido y pacífico para que ponga el dedo en la llaga de los pecados colectivos y de la infidelidad de un pueblo. Jeremías, un hombre tranquilo, es llamado a diagnosticar la podredumbre y a clamar a favor de un cambio profundo de actitud, mientras sus conciudadanos lo toman por un aguafiestas.

Tampoco en la vocación de Moisés falta la vacilación, que incluso nos parece justificada. «¿Quién soy yo —dice Moisés a Dios— para ir al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» A lo que Dios no responde diciendo “yo lo haré”, sino «Yo estaré contigo»; pero tú haz lo que te digo, ve al Faraón. En todos los

relatos de vocación se perciben unas constantes. El llamado vacila, teme, se siente demasiado débil para hacer lo que pide la vocación, mientras que Dios se limita a decirle «Yo estaré contigo». Fiado en esa presencia oculta pero cierta de Dios, el creyente afronta la misión encomendada sin dejarse vencer por las dificultades, que nunca faltan.

Toda vida es vocación

Tal vez ahora nos esté pasando por la cabeza la idea de que esto está muy bien para los que son llamados a una vocación extraordinaria: los profetas, los guías espirituales del pueblo, los sacerdotes, los religiosos y religiosas...; pero Dios no se entretiene en llamar a la gente corriente como nosotros para que realice tareas corrientes. Tiene cosas más importantes en las que emplearse que andar repartiendo vocaciones de padre o madre de familia, de agricultor, ganadero, médico, maestro o peón de albañil...

Si pensáramos así estaríamos profundamente equivocados. Los Obispos españoles recordaban hace más de veinte años que:

«la vocación de Dios a la plenitud de la vida en su Reino incluye también la llamada del hombre al dominio y cuidado del mundo, a la ordenación de su propia vida en sociedad y a la dirección de su historia a lo largo de los siglos, mientras dura el mundo presente»

(Los católicos en la vida pública, 43).

Lo cual implica que la vocación del cristiano laico para construir la vida con su trabajo profesional —cualquiera que éste sea, tanto el de las profesiones más prestigiosas como el de las más humildes— es una verdadera llamada de Dios a hacer que la vida

sea digna de seres humanos. Alguien ha dicho con razón que la divisa del cristiano laico es:

«encontrar a Dios en todas las cosas, es decir, gozarse con todos los espléndidos dones de Dios y darle gracias por ellos, pero también sufrir con la criatura atormentada, especialmente con los pobres, los sufrientes, los enfermos, los perseguidos, en los que Jesucristo se encuentra con nosotros de manera particular».

Frente a nuestras vacilaciones para secundar su llamada a vivir la profesión y la vida diaria como verdadera vocación, el Señor también nos dice: «Yo estaré contigo», pero tú ve al mundo y vive tu vida y tu trabajo como Yo te digo, como vocación para servir a otros. Nos sentimos atraídos por la tentación de vivir y trabajar como todo el mundo: buscando sólo ganar más o ser famosos o esforzarnos lo menos posible; pero nuestro Dios, que casi siempre pide el más difícil todavía, nos invita a tomar en serio a Jesucristo cuando nos recuerda: «No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor; (...) de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir...»

Esto es, justamente, lo que San Francisco de Asís quería hacer de su vida y para lo que pedía la ayuda de Dios. ¡Que Dios nos conceda trabajar así, y para que la paz sea posible!

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.

Donde haya odio, que yo ponga amor.

Donde haya ofensas, que yo ponga perdón.

Donde haya discordia, que yo ponga unión.

Donde haya error, que yo ponga verdad.

Donde haya duda, que yo ponga fe.

Donde haya desesperanza, que yo ponga esperanza.

Donde haya tinieblas, que yo ponga luz.

Donde haya tristeza, que yo ponga alegría.

Haz que yo no busque tanto
el ser consolado como el consolar,
el ser comprendido como el comprender,
el ser amado como el amar.

Porque dando es como se recibe.

Olvidándose de sí mismo

es como se encuentra a sí mismo.

Perdonando es como se obtiene perdón.

Muriendo es como se resucita para la vida eterna.

Acoger la vocación como María

Cuando Gabriel anunció a María una maternidad con la que ella no contaba, se quedó turbada. No era para menos. Ser madre es una vocación maravillosa, gracias a la cual la vida se hace nueva cada día. Pero ser madre del Hijo de Dios y quedar embarazada por gracia del Espíritu Santo era de entrada una complicación nada pequeña. ¿Qué pensaría José? ¿Cómo lo tomarían en su familia? ¿Qué cosas se cuchichearían entre las vecinas? ¿Cuál sería la reacción en su aldea? Y, sobre todo, ¿qué pretendía Dios haciéndose hombre? ¿Cuándo se había visto que Yahvéh se abajase tanto hasta sus criaturas?

Demasiadas preguntas para una mujer, casi niña, que nunca había soñado con más futuro que el de tomar esposo y ser una buena ama de casa. Así pensamos nosotros y creemos que lo hacemos razonablemente. Por eso nos sorprende tanto la reacción de

María. Al parecer, el ángel le hizo un guiño, uno de esos guiños que Dios siempre nos hace cuando nos pide algo. Solicita respuestas generosas, pero las apoya con algún signo, que si sabemos leerlo, nos lleva a sentir que no estamos colgados del vacío.

A María, Gabriel le dijo: «Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios». Esa era la clave: nada es imposible para Dios. María sentía esa prioridad de Dios con tanta hondura que fue suficiente. Si Dios lo quiere, ¿qué más hace falta?: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». (Lc 1, 38).

Vivir es decir «sí» a la llamada de Dios. Lo cual significa que vivir es respirar, alegrarse, trabajar, cuidar de la familia, construir el mundo y la historia, relacionarse con los demás... como Dios quiere, dejando que en mí se cumpla la palabra que Dios ha pronunciado sobre mi existencia.

Una gran parte de nuestra existencia la dedicamos al trabajo profesional y a la vida familiar. Vivida como vocación, nuestra existencia deja de ser un agobio, a veces insufrible, para ser una respuesta creativa y gozosa. De eso se trata en esta semana: de descubrir cuántas llamadas nos hace el Señor cada día, porque si respondemos positivamente a su vocación, Él nos hará instrumentos de su paz...

Feliz el hombre y la mujer

que no han puesto su esperanza en el dinero,
ni se instalan en las cosas de esta vida,
ni se dejan corromper, aunque les cueste.

Feliz el hombre y la mujer

que no inclinan su frente al poderoso,

ni traicionan al compañero de trabajo,
ni renuncian a la lucha del presente.

Feliz el hombre y la mujer

que no siguen los caprichos de la moda,
ni hacen caso de anuncios engañosos,
ni se dejan llevar por charlatanes.

Feliz el hombre y la mujer

que no venden su inquietud ante las amenazas,
ni claudican de su rumbo ya trazado,
ni se hunden en el silencio de los cómplices.

Felices el hombre y la mujer

que encaminan sus pasos por tus sendas, Señor;
serán como un árbol grande y fuerte
que da sombra y alegría al caminante.

Sugerencias para esta semana

- ❖ Vuelve a leer las reflexiones de esta semana y subraya las que te parecen más útiles para vivir tu vida como vocación.
- ❖ ¿Qué voy a hacer para secundar la vocación de Dios en mi vida familiar, en mi trabajo y en mis relaciones con los demás?
- ❖ Cuando responder a la llamada (vocación) de Dios se me hace cuesta arriba o me parece imposible, ¿recuerdo que Él, siempre que llama, añade: «Yo estaré contigo»?

[Si es posible, comparte tus reflexiones con otros cristianos en grupo]

Guía para orar durante la Cuaresma

***Para la tercera semana de Cuaresma
Del 7 al 13 de marzo***

Creados a imagen de Dios

La Palabra de Dios nos dice que el hombre ha sido creado “a imagen de Dios” con capacidad para conocer y amar a su Creador. La llamada a la vida se completa con la llamada a la fe. Asumiendo responsablemente el don de la vida y el don de la fe nos disponemos a encontrar nuestra plenitud entregando sinceramente nuestra vida en favor de los demás.

Lecturas de la Palabra de Dios

- Domingo, 7 de marzo: Lucas 13, 1-9
Gracias, Señor, por darme otra oportunidad, aunque mi vida no sea del todo fructífera, aunque llene la vida de cosas en vez de llenarla de personas y de gestos de Amor.
- Lunes, 8 de marzo: Lucas 4, 24-30
Señor, ayúdame a ser valiente, aunque sienta rechazos o bromas cuando hablo de ti y de tus cosas. Tampoco a ti te entendieron los tuyos. Dame fuerza para manifestarme como quiero ser y como creo.

- Martes, 9 de marzo: Mateo 18, 21-35
Tú, Señor, te sirves de nuestra fragilidad para hacernos fuertes; te quedas con nuestra incoherencia para hacernos humildes; aprovechas nuestra tristeza para llenarnos de tu alegría y contento.
- Miércoles, 10 de marzo: Mateo 5, 17-19
La Cuaresma nos enseña a seguir a Cristo que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Su vida entera es nuestra norma de conducta. ¡Contémoslo a los otros!
- Jueves, 11 de marzo: Lucas 11, 14-23
Señor, no me dejes despistarme de ti, no permitas que siga a otros dioses, reclama mi atención inmediata y condúceme hacia ti.
- Viernes, 12 de marzo: Marcos 12, 28-34
Cuando volvemos a ti, Dios nuestro, nos haces caer en la cuenta de la plenitud que dejamos pasar y de la grandeza que tenemos por dentro esperando que florezca.
- Sábado, 13 de marzo: Lucas 18, 9-14
Corramos todos al encuentro del Señor. Él nos llenará de vida, nos aumentará el ánimo, llenará de sentido nuestra vida y nos invitará a construir la justicia.

Palabras para orar

Por el dolor creyente que brota del pecado.
Por haberte querido de todo corazón.
Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.

Por haberte perdido; por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración.
¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado
el recuerdo que brota cargado de ilusión!

Porque es como la hiedra, déjame que Te abrace,
primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,

y que mi vieja sombra se derrame a tus pies;
¡porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves!

(Leopoldo Panero)

